

son la misma cosa y no ofrecen referencias sexuales diferenciadas? ¿Y si el padre encarna indistintamente la autoridad y el amor maternal, el niño llegará alguna vez a superar el estado infantil de la bisexualidad? En fin, si la madre debe, según los psicoanalistas, encarnar el amor (irracional) y el padre, la autoridad universal. . ., la confusión de roles no puede generar más que la pérdida de la razón. No habría pues ahora más que un proceso de deshumanización, fuente de psicosis e infelicidad.

Los otros, optimistas, incorregibles creyentes en el progreso humano, dirán, posiblemente, lo inverso. Verán en el unisexismo la espléndida vía hacia la bisexualidad o la plenitud, tan largo tiempo soñada por los hombres. Recordarán el mito de Aristófanes, de esta criatura andrógina "dos en una" que simbolizaba



la potencialidad y la dicha humanas antes que los dioses la cogieran en falta y la castigaran separándola en dos. Después de todo, ¿por qué el hombre y la mujer de mañana no recrearán ese paraíso perdido? ¿Quién puede afirmar que el nuevo desorden engendrado por la confusión de roles no será el origen de un nuevo orden más rico y menos opresor?

Cuidémonos de responder a estas interrogantes que necesitan recurrir a la futurología, o a la mitología. Pero tomemos conciencia de la irreductible voluntad femenina de compartir el universo y los hijos con los hombres. Y esta voluntad cambiará, sin duda, la condición humana futura. Que predican como el fin del hombre o el paraíso reencontrado, y será Eva, una vez más, quien habrá modificado las reglas del juego. (Traducción FEMPRESS). *fem*

En este mes de mayo

Berta Hiriart

(FEMPRESS) Hoy me di cuenta de golpe que tendría que enfrentar nuevas dificultades. La miré de pie, casi tan alta como yo, con una mirada que no le había conocido hasta ahora. ¿Es que no entiendes que lo que te gusta a ti, a mí no me gusta?, me dijo haciendo una mueca infantil con sus labios pintados. Y añadió: cualquier cosa es más divertida que lo que tú propones. No supe qué hacer aunque entendí que yo no estaba más que repitiendo una experiencia vivida por millones de mujeres, una experiencia necesaria, de separación.

Hasta hace poco caminábamos de la mano y con cualquier pretexto se sentaba sobre mis rodillas, Mamá, no te vayas, mamá, mira cómo ya sé frenar con los patines, mamá, ¿qué se siente morir?, mamá. Dedos empalagosos y pesadillas de ranas que invaden la casa; el helado en la tarde. Sentí que me iba a echar a llorar como un ridículo personaje de telenovela pero no salieron las lágrimas. Apareció instantáneamente una idea: el llanto de "madre abandonada después de tantos sacrificios" no era mío, lo había aprendido en algún lugar pero no era mío ni correspondía a la reali-

dad de este momento. La verdad es que ni ella me estaba abandonando ni yo he sacrificado mi vida en sus cuidados.

Recuerdo que siempre fue difícil guardar el equilibrio entre las necesidades de una y otra. En mí había una lucha interna cada vez que decía: ahora no, estoy ocupada. Sin embargo, para ella no era tan grave; aprendió a ordenar su mundo pintando mamás de colores atareadas y recurriendo a otras personas cuando era necesario. Es curioso como a pesar de lo benéfico que son estos aprendizajes, las mujeres nos sentimos culpables de tener actividades propias y no cumplir con lo aprendido en la lección "maternidad sacrificada", del libro básico de nuestra infancia. Esta lección desarrollaba el tema de la mujer incompleta que necesita adherirse a otros para sobrevivir y que, por lo tanto, sufre el proceso de independencia de sus hijos como si le fuera arrancado un brazo, o peor aún, un órgano vital. No es fácil olvidarla.

Pero hoy la miro de pie, casi tan alta como yo, con una mirada que no le había conocido hasta ahora, y aunque repaso sin querer la conocida cátedra, me gana la dicha de verla construir su propia identidad. Y pienso, además, que en este sentimiento nuevo yo también construyo la mía. *fem*